

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

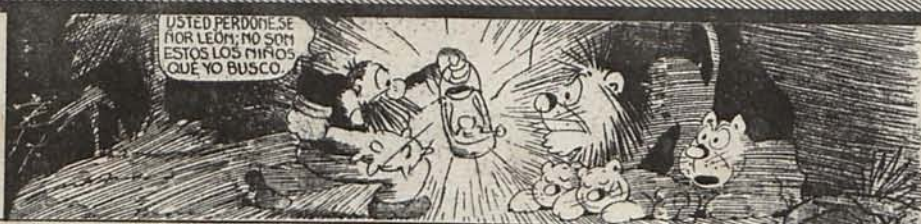
AÑO II
NUM 72

4 JULIO
1926



Piñochito

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



USTED PERDÓNESE POR LEON, NO SON ESTOS LOS NIÑOS QUE YO BUSCO.

El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



BUENO, LE PRESTARÉ MI BARCA, PERO NO ME TIENEN QUE MOLESTAR MÁS LOS NIÑOS.

YO LE PROMETO QUE EN CUANTO LLEGUEMOS A CASA LOS ENCIERRO Y MANDARE HACER PARA VUESTRA MAJESTAD UN GRAN PLATO DE MACARRONES.



GRACIAS, CAPITÁN ¡QUE TRISTE SE VA A QUEDAR LA ISLA SIN SUS MAGNÍFICOS BIGOTES!

ADIÓS, MAJESTAD, HASTA LA VUELTA.

ENGANCHALO BIEN PARA QUE NO SE SUELTE



¡QUE ME MAREO! ¡QUE ME MAREO!

¡CLARO! NO HACE MÁS QUE DAR VUELTAS!

SI NOS HACEMOS IR AL COLEGIO SE VA A ARMAR LA DE SAN QUIN TÍN.



¡QUE VENGAN MIS EJERCITOS! ¡QUE VENGAN MIS SAS- TRES PARA HACERME OTRO TRAJE!

¡LA CAMISETA DE SU MAJESTAD! ¿QUE HA PASADO AQUÍ?

CAPITÁN ME PARECE QUE EL REY HA DICHO ALGO.



DURO CON EL ¡ARRIBA! ¡ABAJO! ¡ARRIBA! ¡ABAJO!

ESTE TÍO COMO MEJOR ESTARÍA ES CON PATATAS

MIRA QUE ONDAS MÁS BONITAS HACE EL AGUA.



YA ESTÁBAMOS METIDOS EN EL BOTE CUANDO ESTAS HIENAS ME LO ESTROPEARON TODO.

ADIÓS, ILUSIÓN, YO QUE YA ME VEÍA LEJOS DE ESTA ISLA

¿ENTONCES NO NOS PODEMOS IR?



PREPARA UN PLATO DE MACARRONES. SE LO LLEVARÉ A SU MAJESTAD A VER SI ASI ME DISCULPA Y ME DEJA EL BOTE.

BUENO, SI LOS MACARRONES NO TIENEN ÉXITO, ES TOS ANGELITOS NO VAN A PODER IR NUNCA AL COLEGIO



Y SERÍA UNA LÁSTIMA PORQUE TIENEN TALENTO, TANTO QUE EL OTRO DÍA SE ENCONTRARON UN DURO.

ESPERA A QUE ECHE EL VINAGRE Y LUEGO ESE PAR DE BOTAS.

TOMA LA ACEITERA



¡SEÑOR! EN NOMBRE DE ESTOS MACARRONES OS SUPLICO QUE ME CONCEDAIS VUESTRO PERDÓN Y ME DEJÉIS VUESTRO BOTE. OLVIDEMOS OFENSAS PASADAS. SALUD Y BUEN PROVECHO.

¡COLOSAL! HA HECHO UN DISCURSO COLOSAL.

PUES YO CREO QUE NI CON EL DISCURSO TE DEJA EL BOTE



PREPARAD EL EQUIPAJE PORQUE DENTRO DE UNA HORA ESTARE AQUÍ CON EL BOTE.

DILE QUE CORTE LOS MACARRONES Y ASI LOS COMERÁ MEJOR

¡QUETE CREEES TÚ ESO!



¿DÓNDE ESTÁN ESAS HIENAS?

¿PERO NO LE HAN GUSTADO LOS MACARRONES?

¡KARAMBA! PARECE UN PUERCO ESPÍN



¿TE FIJASTE EN SU MAJESTAD, QUE MANERA DE DAR VUELTAS? PARECÍA UN TÍO VIVO!

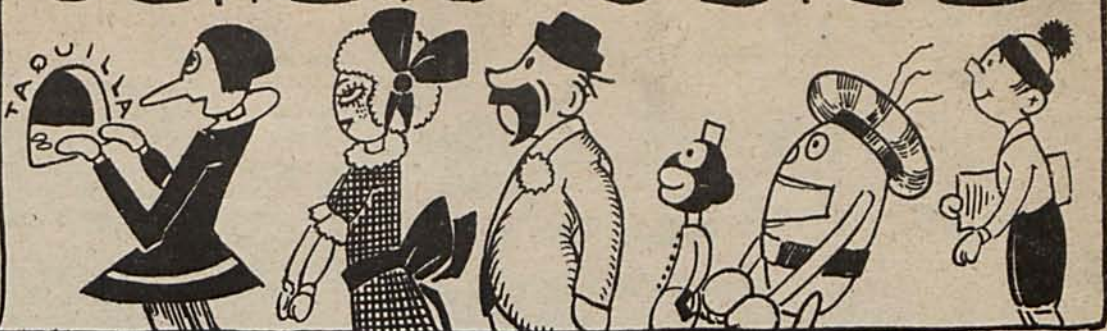
ERES UN HACHA HACIENDO SEMBLANZA, PERO YO QUISIERA QUE PROBARAS A DORMIRTE A VER SI ASI PUEDES ESTARTE CALLADO.

PROGRAMA
PARA HOY

UN
MENSAJE
DESDE LA
COLINA

Sensacional!

GRAN CINE



Tim se encuentra apurado.

En una parte de los jardines del Cottage Hospital tenía lugar una divertida escena.

Se celebraba una fiesta a beneficio de los fondos del Hospital, y para ayudar a la buena obra, halláanse reunidos allí la mayor parte de la buena sociedad de Shefford.

La principal atracción era la asistencia de un distinguido huésped. Era éste nada menos que un Príncipe oriental. El Rajah de Naumpoor, que se hallaba pasando una temporada en el castillo de Shefford. El Rajah, acompañado de su numeroso séquito, todo él con espléndidos vestidos, y de varias personalidades de la población, ocupaba una tribuna en el centro del lugar donde se celebraba la fiesta, y parecía disfrutar de las diversiones tanto como el que más.

Había un buen programa, en el cual figuraba una carrera de caballos. Tomaba parte el jinete Tom Terry, de la policía montada, para lucir las habilidades de su caballo domesticado *Avión*.

Cuando Tom acababa de hacer el último número de su programa, un resplandor de luz le dió de lleno en los ojos. Procedía del techo de un molino en ruinas situado no lejos de la residencia del Rajah. Los rayos de luz llegaron centelleantes a Tom, comunicándole un mensaje en el alfabeto Morse. El mensaje decía: «Socorro, vengan aquí en seguida».

Tom pronunció unas palabras al oído del *Avión* y sacudió las riendas. El caballo blanco inclinóse hacia adelante en el momento en que resonaba una lluvia de aplausos atronadores. En seguida corría por el césped, extendiéndose hasta parecer una raya blanca, y saltaba la valla que separaba los jardines de la carretera.

Oyóse un murmullo, porque todos creían que el caballo se había asustado con los aplausos y huía desbocado; no podían imaginarse que el policía corría respondiendo a la llamada que acababa de recibir.

La carretera bordeaba la colina donde estaba el molino. Tom, por mucho que miraba hacia allá, no veía señales de nadie. Unos golpecitos en los riñones del *Avión*, y el caballo blanco emprendía la subida de la colina, llegando unos segundos después a la puerta del molino.

Tom se apeó; la puerta estaba abierta, y sus ojos sagaces percibieron tierra húmeda en el umbral. Entró y subió unas escaleras de madera que le llevaron a una habitación de piedra; allí había otra escalera de mano, por la que se llegaba a otro piso más alto, y Tom la subió también encontrándose allí con otra escalera más, que llevaba al desván del molino. En el suelo vió Tom tirados varios pedazos de madera, y levantando la cabeza, percibió que la trampa donde terminaba la escalera estaba rota. Trepó hasta ella el policía y encontróse en un desván que no tenía más que un montón de sacos en un rincón.

Pero en el suelo, junto a la ventana, encontró unos trozos de un espejo roto, y al agacharse para recogerlos, notó que algo se movía debajo de los sacos. Apartólos a un lado y vió a un chico atado de pies y manos, con un pañuelo puesto por la boca a modo de mordaza.

El policía le reconoció en seguida. Era Tim, un gran amigo suyo que vendía periódicos por las calles de Shefford, y que como toda su ilusión consistía en llegar a ser policía montado, no perdía ocasión de ayudar a Tom.

Tom sacó la navaja del bolsillo, cortó las ligaduras que lo ataban y desató el pañuelo que hacía de mordaza.

—¿Cómo estás, Tim? —le preguntó con interés.

—¿Que como estoy? ¡Con unas ganas tremendas de liarme a puñetazos con esos bribones que me ataron aquí! ¿De modo que ha entendido usted el mensaje que le trasmití con un espejo?

—Claro que lo entendí. Terminaba entonces la última parte del programa y salí corriendo para acá.

—Pues yo estaba tratando de ver algo de la fiesta desde aquí y me encontré con esto; pero en medio de todo, me alegro —añadió con entusiasmo—, porque he tropezado con unos pájaros que me parece que no venían a nada bueno.

—¿Qué ha sucedido entonces?

—Verá usted cómo fué. Volví yo de ver a una tía mía que vive en Belham, a unos seis kilómetros de aquí; y venía corriendo para llegar a los festejos del Hospital cuando, al pasar por este sitio, se me ocurrió que desde el molino podría ver algo, y al entrar por la puerta, me llevé la primera sorpresa.

—¿Cuál fué?

—Que oí voces de hombre. Parecían venir de debajo del piso donde yo estaba, y como me entró mucha curiosidad por ver quienes eran, pues sabía que en este molino no vive nadie, fui a escuchar. Si usted oyera decir: «Huiremos con los objetos antes de que se descubra», también usted sentiría curiosidad, ¿no?

—¡Claro que sí! Continúa, hombre.

—Vi que estaba abierta la trampa y miré por ella. Allá abajo estaba muy oscuro; pero a la luz de una linterna eléctrica que llevaba uno de ellos, descubrí que estaban metiendo cosas en un saco. ¡Eran alhajas Tom!

—¿Y por qué sospechastes que eran robadas? —preguntó el policía.

—Por mi mala suerte no pude oír más que eso, porque el borde de la trampa, que estaba medio podrido, cedió, y por poco no me caigo encima de ellos. Miraron para arriba, y al verme dijeron que era un espía y no sé cuantos insultos más, y subieron por la escalera para cogerme.

—Entonces, has tenido una aventura emocionante, ¿eh?

—Efectivamente. No pude escapar por la puerta porque uno de los ladrones entró de improviso en la habitación; eché a correr por las escaleras arriba y ellos detrás de mí, y al llegar aquí, cerré la puerta con cerrojo.

—¿Y la hicieron trizas, a juzgar por el aspecto de ella?

—Sí; pero mientras lo hacían, yo le enviaba a usted el mensaje por el alfabeto Morse, como usted me ha enseñado. En seguida entraron y me ataron del modo que me encontré.

—Esos pájaros, indudablemente, piensan escaparse. Hay que averiguar alguna pista que nos indique qué camino han tomado.

—Cuando marchaban oí decir a uno de ellos: «En cuanto lleguemos a la cantera de Helmpit, ya estamos a salvo».

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la Administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).



—¡La cantera de Helmpit! ¡Yo conozco ese sitio! —exclamó Tom—. ¿Te fijaste en el aspecto que tenían?

—¡Ya lo creo! Los reconocía entre un millar de personas. Uno de ellos era delgado de cara con lentes de concha; otro, tenía bigote negro, y el tercero era jobobado. Huyeron en automóvil.

—Me parece que oí el ruido del motor desde el hospital —dijo Tom.

—Me figuro que irían a la cantera. Vamos abajo, Tom, y le enseñaré a usted el sitio donde estaban. A lo mejor han dejado allí algo que pueda servirnos de pista.

Un plan atrevido.

Bajaron los dos al piso bajo y de allí al sótano, donde Tim había visto a los ladrones. Lo que primero atrajo la atención de ambos fué una puerta de madera muy vieja, entreabierta, que había en una de las paredes. El muchacho miró por ella y vió que daba a un túnel muy oscuro.

—Ahora recuerdo —dijo— que dicen que antes se comunicaba este molino con el castillo de Shefford...

—¿El castillo de Shefford? —repitió Tom—. Ese es el lugar donde se hospeda el Rajah. ¿No habrán venido esos hombres por ahí, Tim? Yo voy ahora mismo para la cantera de Helmpit. Tú ya puedes valerte solo, ¿no?

—¡Sí! Estoy completamente dispuesto del susto.

—Después de cincuenta metros, llegaba Tom ante la grandiosa entrada de Shefford. En el momento de llegar oyó un tiro, y por una de las puertas del castillo salió corriendo un

hombre de edad madura, muy nervioso, en quien Tom reconoció a Garret, el mayordomo del castillo.

—¡Policia, nos han robado! —gritó—. ¡Han robado las joyas del Rajah!

—¿Cuándo? —preguntó Tom.

—Sospechamos que hará cosa de una hora —balbuceó Garret.

—¡Ya estoy yo en la pista de los ladrones! —repuso Tom.

—¿Y cómo ha podido usted saberlo?

—Eso no interesa por ahora. Llame usted por teléfono a la Jefatura de Policía de Shefford comunicándoles la noticia del robo, y dígales que Tom Terry sale ahora mismo para la cantera de Helmpit en busca de los ladrones y necesita ayuda...

Y sin decir más, Tom sacudió las riendas del caballo y salió al galope, dejando a Garret estupefacto.

—Al fin los ojos de Tom se iluminaron. Aproximábase a la cantera de Helmpit. ¿Llegaría a tiempo? ¿Habría entendido bien Tim al oír decir a los ladrones que iban a Helmpit?

El policía sintióse satisfecho, porque al borde de la cantera estaba parado un automóvil. Los hombres eran los que no se veían por allí.

De repente sintió una fuerte trepidación que salía como de la cantera. Tom miró para abajo desde el borde de la excavación, y con gran sorpresa suya vió en el suelo un aeroplano con la hélice dando vueltas.

Dentro del aparato estaban dos hombres, y un tercero se preparaba para saltar dentro. El policía reconoció en ellos a los que perseguía. Un minuto más que hubiera tardado en llegar y se le hubieran escapado.

El aparato se movía ya hacia adelante en dirección a otra salida que tenía la cantera y por por la cual había que pasar para elevarse.

Tom observó que la entrada estaba cruzada por unos carriles, por los que pasaban los vagones que sacaban la piedra de la cantera. Entonces hizo girar al caballo en redondo y fué por encima de la cantera hasta donde estaban los vagones, en lo alto del plano inclinado que conducía al fondo de

la excavación. Saltó del corcel corrió hasta los vagones, les quitó los frenos y los empujó; era el único medio que tenía de impedir que los ladrones huyeran con las joyas del Rajah, cosa que a todo trance quería evitar.

Los vagones empezaron a moverse lentamente; pero al entrar en el plano inclinado adquirieron velocidad y bajaron disparados, precipitándose sobre el aparato al llegar a la entrada de la cantera.

—Oyóse el crujido de la parte mas fragil del aeroplano, que se hacía astillas. La hélice chocó con los vagones, y una de las aspas salió lanzada por el aire; el maderamen cayó para un lado y el ala derecha quedó arrugada por completo. Los tres hombres fueron lanzados fuera del aeroplano, dando gritos de alarma. Tom saltó encima del *Avión* y echó a correr por la pendiente abajo; en un momento llegó su corcel junto al aparato.

Aunque muy asustados, los tres hombres intentaron echarse encima del policía; pero al primero que se acercó le dió Tom un empujón que le hizo derribar también al otro. El caballo acudió en ayuda de su amo, y cogió al tercero con los dientes por la ropa; pero éste consiguió escaparse mientras Tom estaba de espaldas a él.

—¡Cuida de ellos, *Avión*! —exclamó Tom señalando a los dos que yacían en el suelo. El caballo comprendió lo que su

amo exigía de él y se colocó encima de ellos, impidiéndoles levantarse. Mientras tanto, el policía corría para evitar que el otro saliese de la cantera. Solamente tenía un modo de escapar: trepando por la pared del pozo.

Efectivamente, el hombre empezó a ascender, prestándole fuerzas para ello el miedo que tenía.

A mitad de camino se detuvo en un saliente de la pared, en el que había varios bloques sueltos de piedra. Miró para abajo, y viendo al policía que subía detrás de él, empujó con el hombro uno de los bloques. El bloque dió vuelta y cayó por el pozo enfrente de Tom. Pero éste lo vió venir a tiempo para hacerse a un lado. La piedra chocó contra las paredes de roca del pozo.

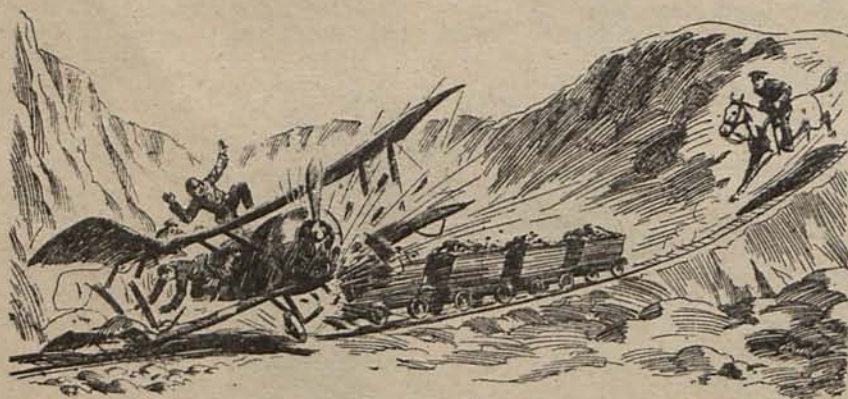
El ladrón dió un grito, porque con el esfuerzo que hizo para tirar la piedra, no pudo impedir el caerse también. Tom quedóse conteniendo el aliento. Pero por una feliz casualidad, el ladrón cayó encima de unos matorrales que crecían en el fondo del pozo, y unos cuantos quejidos suyos indicaron que las espinas y zarzas no habían desempeñado mal su labor de castigar su maldad.

El policía le arrastró fuera del pozo hasta donde estaban sus compañeros.

Luego sacó las esposas de los bolsillos y puso a los tres a buen recaudo.

Dejándoles bajo la custodia del *Avión*, fué a inspeccionar el aeroplano, donde encontró un saco de mano con las alhajas del Rajah.

Había sido un robo muy audaz y bien planeado, y a no ser por la listeza de Tim y la rapidez con que obró Terry, lo hubieran llevado a cabo con éxito.





LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—No hay ni siquiera cuatro, señor —interrumpió Roberto—. Entre la galería y esta roca no debe haber más de seiscientos o setecientos metros.

—¿Estáis decididos todos?

—Todos —respondieron los pescadores.

—Veamos primero el aceite que queda en la lámpara. De unas cuantas gotas solamente puede ser que dependa nuestra salvación.

Miró el depósito.

—Tenemos sólo para veinte minutos —dijo, mientras unas gotas de sudor frío le corrían por la frente—. ¡Ea, en seguida amigos; cada instante que pasa es un probabilidad menos que tenemos de salvarnos!

—¿Quién se encarga de llevar la lámpara.

—Yo, doctor —dijo Vicente—. No me causa molestia nadar con un brazo solamente.

—Pues a ti te confiamos nuestra salvación.

—No temáis; no la dejaré aunque me corten las piernas.

—¡Vaya! ¡Pronto, al agua!

CAPÍTULO XVIII

MOMENTO TERRIBLE

Los cuatro exploradores descendieron de la roca ayudándose mutuamente, y luego se dejaron caer al agua, poniéndose a nadar con la mayor velocidad posible.

Vicente se colocó a la cabeza de la expedición, llevando en alto la linterna; tras él iba Roberto, después el doctor y, por último, Miguel.

La orientación, en tal oscuridad, se hacía sumamente difícil, y mal lo hubieran pasado a no ser por la experiencia de Vicente.

Aquel lobo de mar poseía, del mismo modo que las palomas mensajeras, el instinto de la orientación, no muy exacto, pero sí lo suficiente para poder ayudarse con bastante exactitud sin hacer uso de la brújula.

Apenas se metió en el agua, se dió cuenta de la buena dirección; además, el recorrido lo iría regulando según los amontonamientos de carbón que ya había observado, y en caso de necesidad se seguiría por la dirección de las paredes de la mina.

Sus tres compañeros le seguían de cerca, dándose la mayor prisa posible. El temor de que se les apagase la lámpara ante de llegar al lugar donde estaba el pasaje, les servía de acicate.

Las aguas de la riada se habían ido calmando poco a poco, permitiéndoles, de este modo, avanzar más velozmente. Entre los montones de carbón que obstruían la galería debía haberse abierto alguna abertura mayor, pues las aguas corrían lentamente en aquella dirección.

Los cuatro exploradores se suponían ya a breve distancia del paso cuando Vicente chocó con una masa blanduzca que parecía nadar entre dos aguas.

—¿Qué hay aquí debajo? —dijo.

—¿Qué has encontrado, Vicente? —preguntó el doctor.

—He sentido un cuerpo que se me ha metido entre los brazos.

—¿Algún pez, quizás?

—¡Aquí, dentro de esta mina!

—Puede ser que haya venido del canal.

—¿Será algún tiburón? —preguntó Roberto, mirando, amedrentado, a su alrededor.

Vicente metió su mano libre bajo el agua y sintió aún el roce de aquella masa. La agarró fuertemente, y con un esfuerzo la sacó a la superficie.

Casi al mismo tiempo salió de sus labios un grito de horror.

La cabeza de Simón, del pobre loco, había resurgido

ante él. Aquel rostro terriblemente contraído se le apareció muy claramente iluminado por la luz de la lámpara.

—¡Mil demonios! —gritó echándose bruscamente a un lado—. ¡Todavía este hombre! ¡Ni aun muerto quiere dejarnos tranquilos!

El doctor, Roberto y Miguel se alejaron rápidamente, huyendo del contacto con aquel cadáver que flotaba sobre las aguas de la mina, sin poder contener un grito de horror.

—¡Démonos prisa! —gritó el doctor con voz ahogada.

Vicente reanudó la marcha nadando desesperadamente. De vez en cuando volvía atrás la cabeza, mirando las aguas con ojos aterrados, pensando que el cadáver del loco le seguía aún.

Afortunadamente para él cinco minutos después llegaban ante la galería. Su instinto no le había engañado, y sin ninguna señal que le sirviera de guía halló la suspirada meta.

En aquel sitio rebullían las aguas de la riada con violencia, rugiendo sordamente y formando pequeños remolinos.

La entrada de la galería estaba obstruida en gran parte por montones de carbón que el primer impetu de las aguas había acumulado, pero ya las mismas aguas habían logrado abrirse paso por distintos sitios y se las oía remover algunos de aquellos obstáculos.

—Creo que vamos a poder pasar —dijo Vicente, alzando la lámpara todo lo más que pudo.

—Parece que junto a la bóveda ha quedado un poco de espacio libre —dijo el doctor.

—¿Queréis que intentemos subir ahí, o que busquemos el canal descubierto por Roberto?

—Prefiero pasar por la galería. Al menos sabemos que conduce directamente al lago.

—¿No se caerán esos montones de carbón?

—Si resisten el empuje del agua, mejor resistirán el peso de nuestros cuerpos. ¡Démonos prisa, que la luz de la lámpara se nos acaba!

—¡Es verdad, doctor! ¡Duro a los brazos y a las piernas!

—Esperad que vaya yo el primero, patrón —dijo Roberto—, y dadme la lámpara después.

El joven se agarró al montón de rocas y carbones, y al notar que no cedían a su peso comenzó a ascender.

—¿Se puede? —preguntó el doctor.

—No hay peligro —respondió el joven—. ¡Dadme la lámpara, patrón!

El doctor, que a duras penas se mantenía ya a flote en medio de un pequeño torbellino que le atraía hacia el fondo, se agarró al pico de una roca y se elevó. Vicente y Miguel se habían reunido ya a Roberto.

Juntos ya los cuatro escalaron a toda prisa aquella especie de trinchera, que oscilaba continuamente bajo sus pies a causa del empuje de las aguas, y alcanzaron la bóveda de la galería. Allí existía un estrecho pasaje que permitía el paso de los exploradores. Se echaron boca abajo y, deslizándose como serpientes, lo atravesaron, bajando la pendiente opuesta de aquel montón de carbones y rocas.

Bajo él se oían las aguas de la riada que se estrellaban estruendosamente. Se las veía saltar de roca en roca, en rápida caída, y reunirse en el fondo de la galería, que había quedado convertida en un torrente impetuoso.

—¡Pronto! —dijo Vicente mirando con ansiedad la lámpara, cuya luz palidecía cada vez más—. Dentro de pocos minutos nos quedaremos a oscuras.

Primero el doctor, y luego sus compañeros, se lanzaron todos al río, dejándose arrastrar por la corriente.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen muchas ventajas y regalos, además del cariño especial de

PINOCHO



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Bien! Esto no es nada. Por consideración a vosotros, lo perdono por esta vez; pero no le dejéis que me repita pronósticos de mal agüero, como los que acaba de pronunciar.

—Hombre —dijo el Califa—, tú eres un pendenciero y no se puede tener contigo una broma.

—Yo no tengo la culpa —contestó Básım— de que las bromas me hagan perder la cabeza.

Hechas las paces, el dueño de la casa les trajo la cazuela con el *haxix*, y les dijo:

—¡Servios y alegraos!

—Buen provecho te haga —le contestaron—; ya hemos comido antes de venir a tu casa.

—Básım metió la mano en la cazuela y empezó a comer bocado, tras bocado, hasta que no quedó rastro en la fuente. Cada vez se ponía más alegre y decía más chanzas a sus invitados, que se morían de risa. Así pasaron buena parte de la noche, hasta que al fin se despidieron los tres.

—¡Id con Dios! —les dijo el herrero.

Y cuando ya estuvieron fuera de la puerta, en la calle, el Califa, dirigiéndose a Básım, le dijo:

—Di amén.

—¡Amén! —contestó.

—¡Yo pido a Dios el Grande, el padre de Moisés, de Abraham, de Zamzám y de Alhatim, que inspire hoy al Califa la idea de pregonar el cierre de los baños públicos!

—¡Te has salvado, granuja! —gritó furioso Básım, mientras los otros se alejaban—; yo te juro que si el Señor escucha tu ruego, te buscaré por todos lados, y donde te vea te partiré el cráneo con una estaca. Vete a la porra, y mañana veremos lo que sucede.

Conforme iban marchando el Califa, Mesrar y Cháfar, éste se volvió y dijo:

—¿Por qué has hecho esta imprecación, oh Príncipe de los creyentes? Por Dios, que aún tengo miedo de que nos alcance con su garrote.

—No te preocupes —le contestó—; este no es más que un *haxix* fanfarrón, de cuyas amenazas no hay que tener cuenta.

Volvieron al palacio y durmieron hasta el amanecer. El sultán mandó a los siete emires que cerraran todos los baños públicos y que sellaran sus puertas. Más ligeros que el rayo, cumplieron la orden, haciendo salir a los clientes y clausurando las casas y sellando las puertas de esta clase de establecimientos. La gente se quedó asombrada, y cada cual empezó a reflexionar acerca de la causa de aquella orden. Hasta que cierto picarón dijo:

—Yo sé cuál es la razón de esta historia.

—Cuéntanosla —le pidieron.

—A un chiquillo le han pegado en un baño, y como el que le ha pegado era hombre fuerte y el niño pequeño, éste ha resultado herido. La madre ha ido a quejarse ante el sultán, que ha hecho cerrar todos los baños.

—¡Calla; Dios te envenene, y no digas tonterías! —le replicaron los presentes—. Y cada cual se creyó en el caso de dar su opinión.

Básım, apenas se hizo de día, se levantó y se fué al baño. A la puerta encontró un tropel de gente con el dueño y todos los operarios, furiosos de rabia. Al verlo llegar, lo echaron con cajas destempladas, diciéndole:

—¡Vete al diablo! ¡Que Dios no te dé ningún bien! Tu pie es como la pez: negro y de mal agüero; viniste aquí por medio día y nos has cortado de un golpe nuestro modo de vivir. Has de saber que el Califa ha mandado cerrar todos los baños en honor tuyo.

—¡Ojalá se lo lleven los demonios! —gritó Básım—. ¿Y esto por qué? ¡Dios atormenta la vida del astrólogo que hizo votos porque se cerraran los baños! ¡Y estos votos, que son siempre escuchados...! Pero no le dejaré marchar:

revolveré, si fuera preciso, toda la tierra hasta encontrarlo, y en cuanto le eche la vista encima, le empezaré a dar palos sin cesar hasta que vea al toro que sostiene al mundo con sus cuernos.

Y se volvió a su casa, se echó al hombro su garrote y se puso a recorrer las calles, arriba y abajo, sin ver astrólogos ni cosa parecida. Al cabo de un rato de caminata, se le acercó una mujer y le preguntó:

—¿Eres guardia, señor?

—Sí —le respondió con aplomo—. ¿No ves que llevo el bastón, insignia de la autoridad?

—Espero, señor —le dijo ella—, que me ayudes contra un granuja que me dice impertinencias cada vez que paso por la puerta de su tienda, cosa que he de hacer todos los días por no tener otro camino. Así que me ve deja su trabajo y su tráfico para molestarme y decirme groserías. Es preciso que le impidas que me importune más.

—¿Dónde está ese bribón? —preguntó indignado Básım—. ¡Anda, mujer, delante de mí y dime dónde vive!

Ella lo llevó ante la tienda de un joven, mercader de aceite, gentil, pequeñito, de buen aspecto.

—¡Aquí lo tienes! —exclamó la mujer.

—¿Cómo te permites, sinvergüenza —le dijo Básım muy irritado—, molestar en la calle a esta mujer y decirle palabras inconvenientes y necias, como tú mismo? ¡Marcha! ¡Anda! Vamos a ver a mi señor que me ha enviado a buscarte, puesto que ella ha presentado demanda contra ti. ¡Venga! ¡De prisa! Y sin rechistar, si no quieres que te arrime dos o tres palos y te arta una costilla.

Al oír estas palabras, el joven mercader de aceite palideció, se ciscó de miedo, se aturulló y no supo dar pie con bola. Básım, viéndolo en este lastimoso estado, desenchajó más todavía sus furiosos ojos, puso el bastón en alto y quiso darle; el joven, huyendo, se refugió en el interior de la tienda. La gente entonces se acercó a Básım y le dijeron:

—Ten paciencia, jefe; tranquilízate y cuéntanos que pasa.

—¡Por vida de la cabeza de mi señor! —exclamó Básım, no dándose por entendido—. No he de dejarlo, sino que lo mandaré a la presencia de mi jefe para que le propine una paliza que le haga perder la cabeza y le mande al calabozo, de donde no saldrá hasta que pague la multa y prometa no decir palabras irrespetuosas a las mujeres decentes.

—Está bien —le contestaron—; ¿pero quieres decirnos qué es lo que ha hecho?

—Ha insultado a esta mujer y siempre que la ve pasar por delante de su tienda, ha de decirle algo inconveniente. ¡Quisiera yo saber de dónde la conocía este granuja!

El joven acusado se echó a llorar y dijo:

—Por Dios, guardia, todo esto no son más que calumnias: en mi vida la he visto, ni la he hablado. Te suplico que no me hagas injusticia.

Y la gente empezó a contentarlo y a decirle:

—¡Basta, jefe! Que pase por esta vez en atención a nosotros, puesto que el joven jura que nada ha hecho. Si es verdaderamente culpable, que se arrepiente, y jamás le hablará ni bromeará con ella. Y él te gratificará con lo que sea debido...; ya sabes que dice el refrán «el que perdona deja un buen recuerdo después de su muerte».

—¡Jamás! —contestó secamente Básım—. ¡Por vida de la cabeza de mi jefe! ¡Esto no es posible!

Entonces intervino un personaje de categoría y le dijo:

—¡Sí, jefe! ¡Muéstrate grande con la gente y generoso conmigo! Toma tu propina; asunto concluido, y que el diablo se confunda.

Y cuanto más le pedían y le suplicaban los presentes, tanto más se enfadaba, se irritaba y ensoberbecía Básım. Amenazó lanzarse contra el joven reo con su bastón, pero se le contuvo, sin que por eso se le pudiera calmar. El personaje de atrás se le plantó al fin y le dijo:

—¿Quién es tu jefe?

—El comandante Izrail —le contestó.

(Continuará en el número próximo.)

TALINITO EN LA JAULA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Toda la comarca estaba asustada, y Talinito era la causa de aquel susto. Talinito era un hombre malísimo, que cortaba las orejas, sin la menor piedad, a cuantas personas encontraba a su paso. Por este motivo, los cinco hombres más valientes del país decidieron coger a Talinito, hacer con él la misma operación, cortar las orejas y tirarlas a un pozo. Sin embargo, para coger a Talinito era necesario inventar un medio, porque el malvado tenía mucha fuerza, y un cuchillo muy grande, y muy buenas piernas para correr.

—Lo cogeremos cuando esté dormido —dijo uno de los valientes.

—Le ofreceremos comida, y cuando se acerque a tomarla, lo amarraremos con una cuerda —dijo otro.

—Me subiré a un árbol, y al pasar Talinito, le tiraré una piedra muy grande, que le haga caer a tierra —exclamó un tercero.

—Lo mejor sería —aseguró el más listo— colocar una trampa en la fuente del lobo, donde Talinito acostumbra a beber muy de mañana.

Y todos aplaudieron la idea.

—¿Pero dónde encontraremos una trampa? —preguntó el más joven.

—El herrero puede hacerla —aseguró el más viejo.

Y los cinco valientes se dirigieron a casa del herrero, quien a los pocos días construyó una trampa de hierro, muy fuerte y muy buena.

Una noche salieron del pueblo los perseguidores de Talinito, y colocaron la trampa, con muchísimo cuidado, muy escondida entre matas y flores, al lado de la fuente del lobo.

—Así no la verá —dijo uno. Y todos se ocultaron en las ramas de los árboles para ver caer a Talinito.

Cuando llegó el malvado, bebió tranquilamente, y al retirarse del agua ¡zas! se le quedó un pie entre los hierros.

Los cinco hombres, cada uno con un cuchillo, bajaron de su escondrijo y rodearon al infeliz preso. Talinito comenzó a dar gritos muy desesperadamente, asegurando que mataría al que se le acercara. Sin embargo, el más alto de la pandilla, consiguió dar un sal-

to, y amarrando a Talinito, con una cuerda muy fuerte, por la cintura, lo redujo a obediencia.

—Ya no cortarás más orejas —le dijo el primero de los valientes.

—Te meteremos en una jaula y dormirás al aire libre —le aseguró el segundo.

—Habrás de pedir perdón a tus víctimas —exclamó el tercero.

—Nos servirás de reloj, y cantarás las horas del día y de la noche —le ordenó el cuarto.

—Y si no estás conforme —dijo el quinto y último valiente —te mataremos.

Talinito dejó de gritar y aseguró que haría todo lo que le mandasen, y que si no lo maltrataban mucho, aún podría devolver las orejas a las víctimas.

Cuando llegaron al pueblo, metieron a Talinito en una jaula. Arrastraron la jaula hasta la plaza y allí la colgaron.

Todo el que pasaba junto a Talinito, le preguntaba en son de burla:

—¿Cómo te encuentras, Talinito? ¿Cuántas orejas has cortado esta noche?

Pero Talinito no respondía. Tan sólo cuando daban las dos, las cuatro, o la hora que fuese, cantaba, a grandes gritos, el número de campanadas.

Al cabo de seis u ocho días, Talinito se quedó

muy flaco, y muy amarillo, y con muy poca voz. Apenas si podía cantar las horas.

Una tarde pasó junto a la jaula, como de costumbre, la hija de un campesino, y al ver tan desmejorado a Talinito, le preguntó:

—¿Qué tienes, Talinito?

—Tengo hambre —contestó el prisionero.

Y la niña se apiadó de Talinito, fué por pan y le entregó un pedazo.

Cuando Talinito se comió el pan, quedó muy triste, y la niña le preguntó por segunda vez:



Los suscritores a PINOCHO tienen muchas ventajas y regalos, además del cariño especial de

PINOCHO



—¿Qué tienes, Talinito?

—Tengo sed —tornó a contestar el prisionero.

Y la niña fué por agua a la fuente, con un cántaro muy pequeño, y le trajo agua a Talinito. Y como éste continuase triste, la niña le interrogó nuevamente:

—¿Qué tienes, Talinito?

—No tengo libertad.

—Yo no puedo abrirte la jaula, Talinito —dijo la niña.

—Tú podrías salvarme. Podías llegar a tu casa, fingirte enferma, negarte a tomar alimentos y medicinas, y cuando tus padres exclamasen: «¿Quién la salvará?», tú podrías responder: «Talinito, Talinito me curaría». Entonces me sacarían de aquí; yo iría a tu casa, te ordenaría comer dulces y frutas, y cuando todos te vieran restablecida, se apiadarían de mi desgracia, me libentarían para siempre.

—¿Y volverías a cortar orejas? —le preguntó la niña.

—Nunca, nunca más —contestó Talinito.

Cuando la niña llegó a su casa, dijo que estaba enferma; cuando le ofrecieron comida, dijo que no podía probar bocado, y al ofrecerla una medicina, se negó a tomarla.

—¿Quién podrá curar a mi hija? —exclamó el padre.

A lo que contestó la niña:

—Talinito, Talinito me curaría.

—Talinito te cortaría las orejas —dijo la madre.

—Talinito, Talinito me curaría —aseguraba la niña.

Y tanto insistió, que mandaron llamar a Talinito.

Trajerón al infeliz preso, atado de pies y manos, a la cabecera de la enferma, y el padre de ésta se apresuró a preguntarle:

—¿Qué le mandas a mi hija, Talinito, para que sane?

—Frutas y dulces —contestó Talinito.

Y mandaron por frutas y dulces, y apenas los hubo probado, la niña se puso bien y contenta.

Entonces pidió Talinito, como pago a su obra, que le sacaran de la jaula, y todo el pueblo estuvo conforme en ello, menos los cinco valientes, que se opusieron con tenacidad, por miedo a Talinito.

—Ya que no me libertáis —dijo el prisionero— dejadme ir a la jaula por mis propios pies y desatadme las manos.

Accedieron a los deseos de Talinito y éste emprendió su camino, el de la plaza, tranquilamente. Cuando llegó a la jaula, entró en ella con gran resignación, se-

guramente suponiendo que su actitud, de obediencia y tranquilidad absolutas, enternecería, sin duda, a la mayoría del público.

Y así fué.

—¡Libertarle! ¡Libertarle! —gritaban a coro campesinos y campesinas—. ¡Libertarle!

Y lo hubieran hecho; pero los cinco valientes se oponían con tenacidad.

—Volverá a ser —decían—, conforme lo dejéis libre, el terror del pueblo. Cortará orejas. Vivirá a costa de los demás, como los bandidos.

Y en la plaza se formaron dos bandos, dos terribles bandos, uno a favor de Talinito, que deseaba, pedía y clamaba por la libertad de éste, y otro en contra de Talinito, que ratificaba, miedoso, la opinión de los cinco valientes acobardados.

Y los dos bandos gritaban, vociferaban y se amenazaban, en tanto el prisionero, calmoso, como sin darle importancia a lo que acontecía, permanecía en su jaula sentado en el barrilito que le habían colocado a modo de silla.

—No debe salir —decían unos.

—Ha ganado la libertad —aseguraban otros.

Y tanto se enfurecieron discutiendo el asunto los dos bandos, que llegaron a las manos. Y la confusión fué terrible.

Entonces, Talinito, abandonando su actitud pacífica, subiendo al barrilito que le servía de asiento, gritó como desde un pedestal:

—¡Vengan aquí mis

partidarios! ¡Romperemos la jaula! ¡Vengan!

Y el bando propicio a Talinito acudió a la jaula, la zarandeó fuertemente. ¡La rompió!

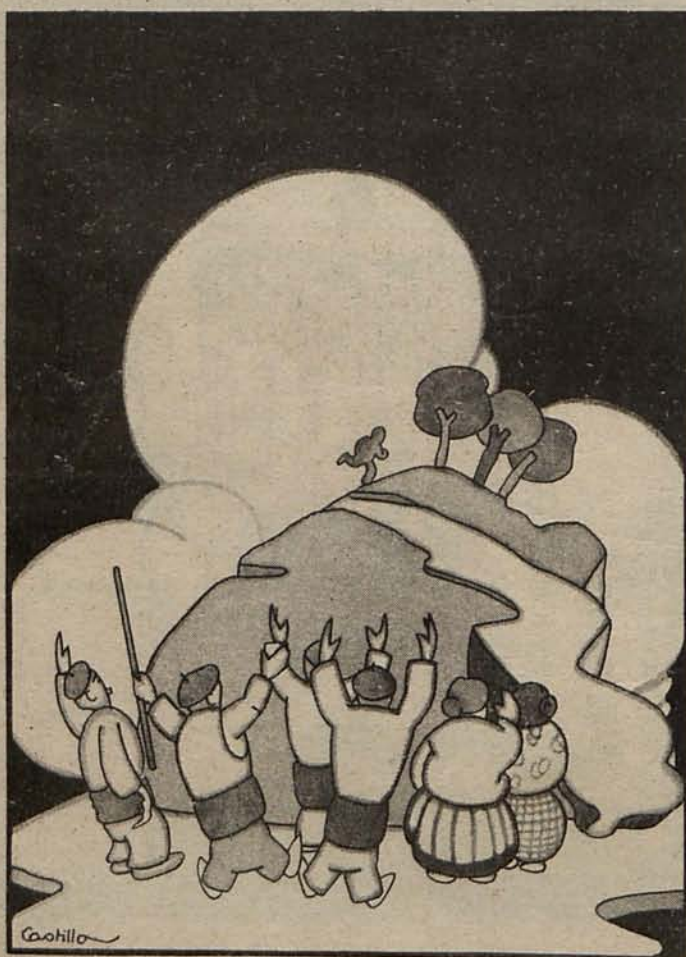
—¡Libre! ¡Libre! —gritaban triunfantes los partidarios de Talinito.

Y Talinito, libre, suelto de pies y manos, arremetió contra los cinco valientes, les cortó las orejas, y encarándose con ellos, cuando ya los vió en tierra, les dijo:

—¡Cobardes, necesitaba vuestras orejas! ¡Ya no servirán trampas!

Y Talinito corrió luego, durante mucho tiempo, gozando de su propia carrera, y se perdió en la línea del horizonte, minúsculo, pequeñito, como un punto.

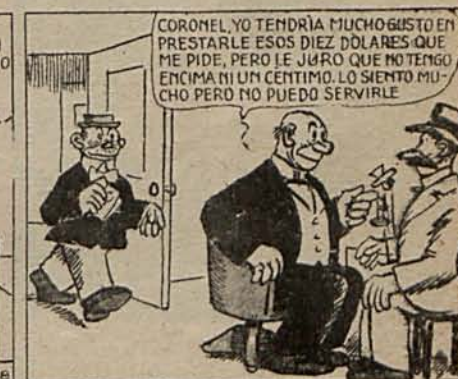
Y se perdió para siempre. Nadie lo ha visto más.



FIN



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





TRISTÁN EL PILOTO



HALLÁNDOSE TRISTÁN LEYENDO LOS CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES



CRUZÒ POR EL ESPACIO UN AEROPLANO DE PIRATAS



QUE ROBANDO AL PILOTO TRISTÁN LO ELEVO POR LOS AIRES



PERO COMO A TRISTÁN LE LLOVÍAN LAS IDEAS, ABRIÒ EL PARAGUAS



Y CON EL MECHERO, QUEMÒ LA CUERDA QUE LO TENIA SUJETO



DESCENDIENDO POR LOS AIRES EN SU MAGNIFICO PARACAIDOS



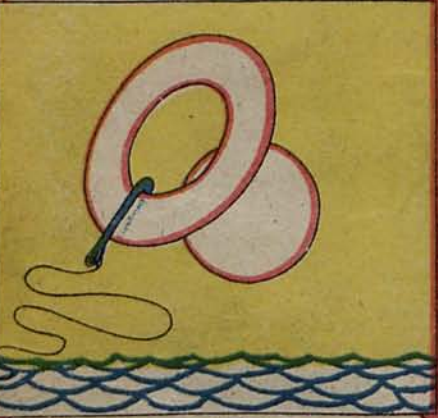
Y VINO A AMERIZAR JUNTO A LOS RESTOS DE UN NAUFRAGIO



EN ESTO APARECIÒ EN EL HORIZONTE EL PLANETA SATURNO



Y ANTE LA SITUACION DESESPERADA EN QUE SE HALLABA TRISTÁN



NO TUVO MAS REMEDIO QUE QUITARLE A SATURNO EL ANILLO



QUE LE VINO COMO ANILLO AL DEDO PARA SALVAR SU VIDA



LLEGANDO FELIZMENTE A ENCONTRAR ASUS DESCONSOLADOS COMPAÑEROS

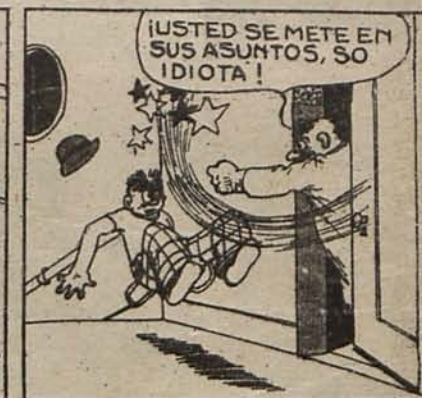


DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



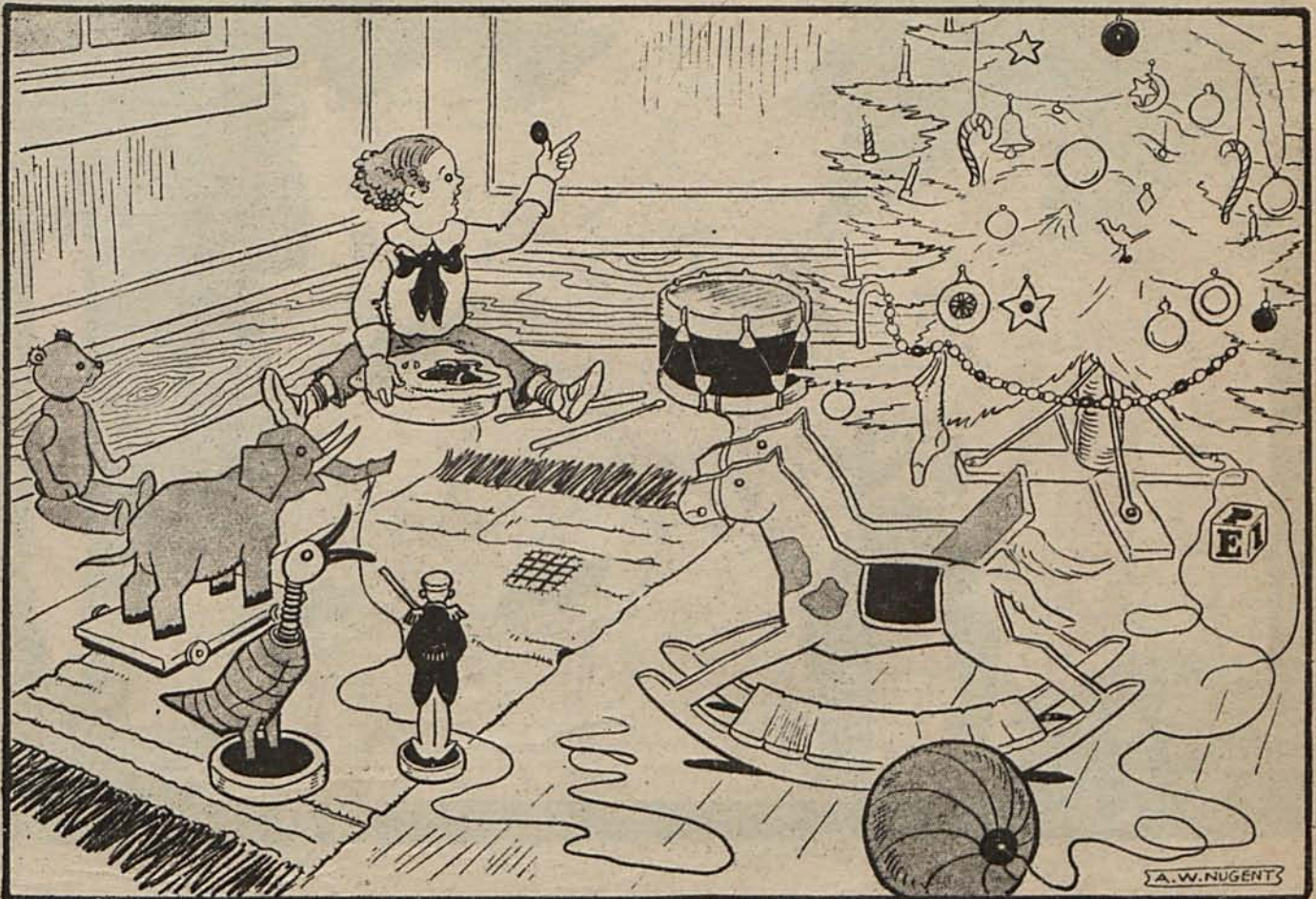


POTIPÁN Y CAÑAMÓN



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

EL CUARTO DE LOS JUGUETES



Luisito es uno de esos niños mal educados capaz de hacer todo género de travesuras. Vedle: ha cogido del comedor un gran pastel, se lo ha traído a su cuarto y se entretiene en morderlo y estropearlo. Luego no tendrá ganas de comer y se pondrá malo. Pero, ¡ay!, esta escena la contemplan su papá y uno de los Reyes Magos. ¿Dónde se hallan? Escuso deciros que el próximo año se quedará sin juguetes.

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Este dibujo, hecho de memoria por uno de nuestros dibujantes, está lleno de errores. Hay la friolera de ONCE disparates. ¿Cuáles son? Uno de ellos es que ha puesto un HAY sin hache que quita la cabeza.



COLABORACION PINOCHISTA

HISTORIETA MUDA



JOSÉ SERRANO CUBILLO.—Sevilla.

HISTORIETAS

CUENTOS

CHISTES

Raúl, el tímido.

Aconteció la historia que voy a relataros en un pequeño pueblo y en el colegio del mismo.

Hallábase entre los alumnos de tercer grado y siendo muy aplicado un niño llamado Raúl, triste y callado, poco amigo de jugar, prefiriendo pasar sus minutos de recreo dando un repaso a la lección, siendo por esta manera de ser apodado el «tímido».

Cierta día al salir de clase, encaróse con Raúl un niño de su mismo grado llamado Juan, quien le dijo de mal modo: Tú, entrégame el lápiz que me sacastes durante el recreo de mi pupitre. ¿Yo? ¡Mientes!, expresó el aludido con ira; y disponía a retirarse, cuando fué derribado por una fuerte cachetada de Juan.

El pobre niño, así humillado, se levantó con lágrimas en los ojos y se retiró en silencio.

Meses después se declaró un incendio en el colegio y todos huyeron del edificio menos Juan, que había tropezado, golpeándose en la frente. Una vez en la calle se percataron de la falta, mas nadie se animó en ir a socorrerlo.

Pero Raúl, armándose de valentía, penetró en la casa, que, a todo esto, presentaba el aspecto de una enorme hoguera, para aparecer más tarde con Juan a la espalda y caer en el pavimento desmayado.

Desde entonces, Juan y Raúl son los mejores amigos del mundo, habiendo recibido el primero de éstos una lección, que no olvidará en el resto de su vida.

MANUEL MÉNDEZ MEIN.
Catorce años. Buenos Aires.

Una buena preparación.

Llega a la botica un cazurro con una receta en la mano, en la que dispone el médico cierta preparación especial.

—¡A la paz de Dios! —dice el buen hombre—. ¿Tiene usted por casualidad esta melecina?

—Sí, señor; la tengo siempre, y no por casualidad. Pero le advierto que esto es específico y que hay que comprarlo, porque no entra en la medicina que se da en la iguala.

—¡Rediez, la hemos fastidiado! ¿Y será muy precioso tomar eso?

—Si lo ha dispuesto el médico será preciso. Se trata de una preparación muy notable, considerada como el mejor regenerador de la economía.

—¿Y cuánto vale?

—Diez pesetas el frasco.

—¡Re... puñales! ¿Y a eso llama usted arreglador de la economía?

—¡Pus no veo la economía!

—Me refería a la economía Animal.

—El animal será el que lo compre. Quede usted con Dios y disimule.

DEMETRIO E. VALDÉS.
14 años. Panamá.

Fantasías.

Allá, en el país del hielo, hay tristeza. ¿Qué pasa? ¿Por qué se ve llorar?

En palacio las damas están tristes, el rey llora y la reina está loca...

¿Qué sucede? Es que la bella princesita, la linda figulina de los ojos color de cielo y del cabello de oro, se muere.

Hace tres días el rey salió de caza y fué mandado a buscar urgentemente: la bella princesita se moría.

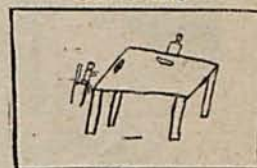
En su lecho de oro, guarnecido de ricas sedas de Damasco, la princesita agoniza. Ya no hace caso de los bufones que están a su alrededor; ya no oye a sus esclavas cantar al dulce son de las arpas.

A su cabecera está el rey triste, queriendo esconder las lágrimas. La reina llora desesperada en la alcoba vecina, llamando a su hija, al pedazo de su corazón que le van arrebatando.

La princesita sonríe, y después de una dulce sonrisa que el rey cree preludio de su curación, lanza un profundo suspiro y queda quieta, muy quieta, en su bella camita, resguardada bajo las alas de dos ángeles de oro.

El rey la da un beso y lanza un grito; en la alcoba vecina se oyen suspiros y sollozos desgarradores: la princesita ha muerto.

MERCEDES RÍO.
Trece años.



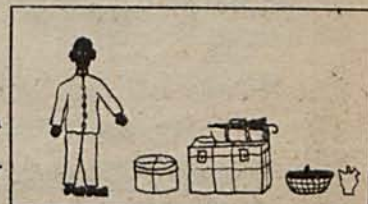
—¿Qué le parece el primer plato?
—Rábanos. En mi país se come lo último.
—Y aquí también.

ANITA FLORÁN.
Doce años. Málaga.



—Tú eres un buen amigo y te puedo confiar un secreto. ¡Me hacen falta cien pesetas!
—Pues cuenta con mi discreción. Como si no hubieras dicho una palabra.

SEBASTIÁN TRUJOLS.
Catorce años. Barcelona.



¿Que cargue yo con todos los bultos? Me voy a ver negro.

DANIELÍN M. GUTIÉRREZ.
Santander.



—Para que le concedan la cruz del Mérito Naval ha de poseer un dique o una dársena.
—Mi marido tiene un riñón flotante...

R. D. L.
Catorce años.



¿Cuál es el santo de los ciegos?

San Casi-miro.
ALFREDO PINELLO.
Doce años. Colombia.



—Abre el cajón de la mesa y saca un puro.
—Gracias, señorito, no fumo.
—Si es para mí, zángano.

CONSUELO ALONSO.
Trece años. Madrid.



Regreso de una [excursión con el morral y el [bordón.



Como estoy algo [cansado, puedo descansar [sentado.



Y sin saber por [qué ha sido, como un tronco me [he dormido.



Y en mi dormir [singular, sueño que salgo a [volar.



Y, claro, por mi [torpeza, tropiezo y doy de [cabeza.

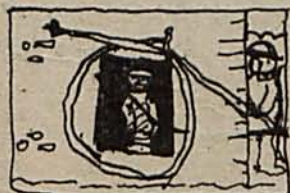


Y cuando sueño [que subo, me encuentro den- [tro de un cubo. RAMÓN NAVAS.
Trece años.

Aparato para coger ladrones.



Se coloca una cuerda alrededor de la ventana.



Se espera tranquilamente a que salga el ladrón.



Y cuando sale... ¡záz!
ANTONIO VEGA M. DE SEOANES.
Once años.

Chistes.



—Veo con el antejo que los niños esperan que abran la librería para comprar PINOCHO.
ALFREDO PÉREZ.
Doce años. Colombia.



—¡Ay!, señor doctor; por no morir en esta ocasión daría la vida.
ANTOLÍN LÓPEZ.
Trece años.



—¿Está la señora de López?
—Sí, señora; pero si desca usted vería, dese prisa, pues la entierran dentro de media hora.
SEBASTIÁN TRUJOLS.
Catorce años. Barcelona.

Mi muñeca.

Tengo, amiguitas, una muñeca que es un encanto, que es un primor; le di por nombre mi Nenesita. ¡Oh, si la vierais tan chiquitita! Es entre flores primera flor.

Sus dientecitos son dos sartales de blancas perlas de ignoto mar; guindas partidas, rojos corales sus labiecitos, son dos panales que miel destilan, dicen: mamá.

Es mi muñeca trabajadora, muy hacendosa, sabe bordar; es diplomada de profesora; nunca me riñe, jamás me llora, ella no sabe lo que es llorar.

Cuando la arrullo entre mis brazos miles de besos ella me da; me vuelvo loca cuando me dice: «¡Qué bien te quiero, buena mamá!»

Todas las tardes la visto, alegre, sus vestiditos de hilo son; después va al parque, y allí juega con sus pelotas y carretón.

Nunca pelea con las criadas, y a los pobres limosnas da. Decidme ahora, niñas graciosas, ¿no ha de adorarla mamá y papá?

MERCEDITAS REY.
13 años. París.

Chistes.



«Se alquila un piso. En el 3 dan razón.»
—Ojalá hubiera traído a mi Juanillo, a ver si al darle la razón se le hubiera quitado la tontura.

ASUNCIÓN JAÉN.
Diez años. Granada.



—Madre, ¿por qué no tocas ahora?
—No puedo. Dice en ese poste: «No tocar: peligro de muerte».

ROSARIO FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.



—Oye, esta noche damos el golpe.

—¿En qué casa?

—No es en ninguna casa. Es a Tomás.

EDUARDO SÁNCHEZ.—Valencia.



—¿Y tú eres de Bilbao?

—No.

—Pues entonces somos paisanos. Yo tampoco lo soy...

Trece años. Bilbao.
JOSÉ M. AGUIRRE.



El de la izquierda.—

¡Hombre! ¡Tanto tiempo sin verte el pelo!

JOSÉ LUIS HERRERO.

Trece años. Madrid.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndole hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.



QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
 —Hoy quisiera saber, amigo buho, qué es el armiño.
 —Yo te lo diré.
 —He oído más de una vez expresiones como éstas: «blanco como el armiño», «limpio como el armiño», «puro y sin mancha como el armiño». Y la verdad, querido buho, deseo saber ya lo que es el armiño. Casi estoy impaciente.
 —El armiño es un animal.
 —¿Un animal?
 —El armiño es un animal parecido a la comadreja. Su cuerpo no tendrá más allá de veintiocho centímetros de longitud, y su cola medirá unos nueve. Durante el invierno el armiño es blanco...
 —Blanco como el armiño.
 —Y en el verano se torna pardo rojizo.
 —De manera que este animal cambia, por decirlo así, de indumento, según las estaciones.
 —Justamente.
 —¿Y a qué se debe este cambio?
 —Creo que en otra ocasión, hablando del color de los huevos de las aves, te decía con estas o parecidas palabras: Los diferentes colores sirven para preservar al huevo de las miradas ajenas y peligrosas. Así vemos que los de la perdiz, por ejemplo, tienen un color castaño oscuro, muy confundible con el color de la tierra. Los huevos del avefría ofrecen una tonalidad idéntica a la de la arena en que la hembra los deposita, y llegan a tener pintas negras, que simulan sombras.
 —Sí, lo recuerdo; pero hablábamos del armiño, querido buho.
 —El armiño, según se dice, muda de color para disimularse en la tierra. Y como ésta no ofrece el mismo aspecto en verano que en invierno...
 —Comprendido.
 —Siguiendo con el armiño, te diré que es un animal nocturno,

tan ágil como valiente. Trepa con gran destreza, nada perfectamente, acomete con prontitud, devora sin tasa.
 —¡Vaya una alhaja!
 —Habita, por lo general, en matorrales espesos y se oculta en las hendiduras de las rocas.
 —Me has dicho que acomete con prontitud.
 —Y lo sostengo. Da caza a pequeños mamíferos, se atreve con algunos reptiles, se atreve con las liebres, por grandes que sean éstas, y en algunas ocasiones, acuciado por el hambre, penetra el armiño en los corrales, donde mata un gran número de gallinas y palomas.
 —¡El armiño! Nunca creí que fuese un animal.
 —Ya ves si lo es.
 —Y nunca creí, ya que me lo afirmaste, que fuese un animal tan peligroso, tan exterminador, tan devorador, tan malo.
 —Pero es muy bonito. Y muy fácil de domesticar, si se caza pequeño.
 —¿Y por qué he oído decir, en más de una ocasión, «puro y limpio como el armiño»?
 —Porque antiguamente se consideraba el armiño como símbolo de la pureza, y creíase, además, que aquel animal prefería la muerte antes que pisar un sitio sucio.
 —¿Y para qué cazan armiños?
 —Se caza el armiño para aprovechar su piel y también para evitar los destrozos que hacen en la caza menor y en los gallineros. Si es para lo primero, para aprovechar su piel, se utilizan trampas para la caza de aquellos animales.
 —¿Es muy estimada la piel de armiño?
 —Antes eran sumamente apreciadas, y su uso estaba reservado a los grandes príncipes.
 —¿Y hoy?
 —Hoy se utiliza principalmente para fabricar abrigos de señoras.

CORRESPONDENCIA

Maria Teresa Urrutia.—Queridísima María Teresa: Hoy recibo el huracán de tu carta. ¡Cómo se ha puesto Pirula! ¡Qué mal rato tan grande, María Teresa, le has dado con tus líneas! ¿Y el que yo me he llevado? Menos mal que soy un muñeco sereno y sedado, capaz de allanar y suavizar las mayores asperezas. ¡Menos mal! Porque Pirula, la verdad, se ha disgustado mucho, aunque tú, si bien se mira, llevas un poquito de razón. No ha salido la receta de los bombones, pero saldrá. Fía en mi palabra. Fía también, María Teresa, en la palabra de Pirula. No han salido tampoco tus versos, pero saldrán, aunque éstos tarden algo más en salir, algo más que la receta de los bombones. Soy tu amigo. Quiero seguir siendo tu amigo. Pirula es tu amiguita —¡entrañable!— y quiere seguir siendo tu amiguita. Abrazos y besos.

A mis queridos colaboradores.—Algunos Pinochistas, olvidando, sin duda mis reiterados avisos, me siguen remitiendo trabajos. Vuelvo a repetir aquí, con el fin de que no lo olviden, que es inútil, durante estos días, remitirme colaboración alguna. Ya avisaré más adelante, firmemente, como yo sé anunciar las cosas. ¿Estamos?
Gloria Gómez.—He recibido tu carta y creo que ya, a estas alturas, estarán en tus manos cuantas cosas me pedías. Tu hermana Lola, por su parte, estará contenta, pues habrá recibido, junto con el premio, el diploma que le correspondió por su magnífico trabajo.
 Recuerdos de Morronguis, Anita, Pirula, Potipán, Cañamón, Currinche, Don Turulato..., etc., etc.

Fallo del Jurado del Concurso de chistes, dibujos, cuentos e historietas del mes de abril, correspondiente a los números 59, 60, 61 y 62.

Pinocho ha mirado con hondo y vivísimo interés los chistes, los dibujos, los cuentos y las historietas publicados en los cuatro números del mes de abril, y después de un examen detenidísimo ha adjudicado los premios —consistentes éstos en un cuento de Calleja en colores y un diploma— a los siguientes Pinochistas:

Dibujos.

Alicia Martínez, trece años, Madrid. *Escena de familia.* (Publicado en el número 59.)
 Manolo Azorín, ocho años. *Un duelo formidable.* (Publicado en el número 62.)

Chistes ilustrados.

Gabriel Monge, nueve años, Madrid. (Publicado en el número 61.)
 María Halcón, doce años, Sevilla. (Publicado en el número 61.)

Historietas.

Edmundo E. Blanchet, trece años, República Argentina. *El blanco de Pipirola.* (Publicada en el número 60.)

MENCIONES HONORÍFICAS

Pinocho, generoso como siempre, grande y magnánimo, ha decidido que los Pinochistas que obtengan mención honorífica por sus bellos trabajos sean, a la vez, favorecidos con un estupendo y ejemplar diploma, en el cual aparecerá, junto a la cabeza del héroe de los muñecos, el nombre y los apellidos de los Pinochistas mencionados. La lista de los favorecidos en el mes de abril es la siguiente.

Dibujos.

Rafael Casanovas, nueve años, Barcelona. *Auto de carrera.* (Publicado en el número 59.)
 Elena Olano, quince años, Gijón. *Buenos amigos.* (Publicado en el número 59.)
 Ramón Navas, trece años. *Currinche y Don Turulato.* (Publicado en el número 59.)
 Demetrio Valdés, Panamá. *Un equipo.* (Publicado en el número 59.)

Prudencio del Diego, trece años. *Un animal.* (Publicado en el número 59.)
 José Torres, nueve años, Málaga. *El primo del Barón.* (Publicado en el número 59.)
 Marita Pastor, doce años, Elche. *Las nuevas ricas.* (Publicado en el número 59.)
 Pepita Pastor, seis años. *Palacio encantado.* (Publicado en el número 59.)
 Carmen García, trece años. *Mi perro de caza.* (Publicado en el número 62.)
 Antonio A. García, diez años. *Un romano.* (Publicado en el número 62.)
 M. Arrady, ocho años. *Un equilibrista.* (Publicado en el número 62.)

Chistes ilustrados.

Francisco Durbán, trece años, Almería. (Publicado en el número 61.)
 Francisco Cabrero, doce años, Santander. (Publicado en el número 61.)
 Encarnación del Villar, trece años, Madrid. (Publicado en el número 61.)
 Fernando G. Guijarro, nueve años, Madrid. (Publicado en el número 61.)
 Carlos Quesada, Madrid. (Publicado en el número 61.)
 Gerardo P. del Camino, doce años, San Sebastián. (Publicado en el número 61.)
 José Amiguetti, once años, Tetuán. (Publicado en el número 61.)
 J. Rodríguez, once años, Bimeda. (Publicado en el número 61.)
 Manuel Flores, trece años, León. (Publicado en el número 61.)
 Santos Chiquial, Montevideo. (Publicado en el número 61.)

Historietas.

Antonio Figueras, catorce años, Huelva. (Publicada en el número 60.)
 Cristóbal Menéndez, doce años, Gijón. (Publicada en el número 60.)
 María Luisa Valcárcel, doce años, Madrid. (Publicada en el número 60.)
 Encarnación Mateo, trece años, Valladolid. (Publicada en el número 60.)

LOS REGALOS DE JULIO

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de Julio, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. J. Luis Pacheco. (Briviesca).
 Segundo premio. . . 15 pesetas en libros, a D. Francisco Ibáñez y Pico. (Madrid).
 Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Pilar Alen. Madrid).
 Cuarto premio. . . 5 pesetas en libros, a D. Gerardo Larrea. (Llodio).
 Quinto premio. . . 3 pesetas en libros, a D. José Igualada. (Málaga).

Estos mismos regalos se sortearán todos los meses entre nuestros suscritores.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

Varios Pinochistas premiados en el primer gran sorteo de regalos para los suscritores



Mario F. Mazas.
Orense.—Premio 25 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Fernando Coghén.
Madrid.—Premio 20 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Lorenzo Fernández.
Barcelona.—Premio 43 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Tomás García Lara.
Madrid.—Premio 48 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Javier Muguiro.
Madrid.—Premio 49 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
 - Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
 - Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DISUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAFETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAFETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de

núm.

Pueblo

Provincia

, se suscribe a

PINOCHO por (1) $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$ cuyo importe de $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas)} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas)} \end{array} \right\}$ remite a la Adminis

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) También remite 1,50 pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

- Bórrase lo que no convenga.
- Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.
- Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.
- Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos suscripciones a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año..... 23 pesetas.

Semestre..... 12 —

Trimestre..... 6 —

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

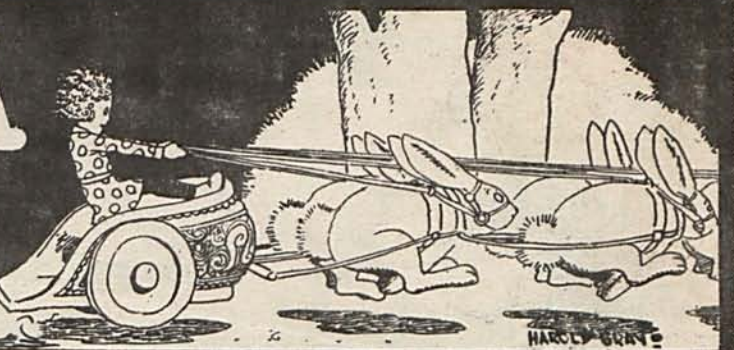
1.ª Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

2.ª Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

3.ª Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRAY



¡QUE DIA MAS HERMOSO! ¿VERDAD PELUCHO?



¡CARAY! UNA GOTA DE AGUA ¿DE DONDE HABRÁ SALIDO ESE NUBARRÓN?



BUENO, QUE LLUEVA. ¿NO TE PARECE? ESTAS NUBES DE VERANO PASAN EN SEGUIDA



¿VES? YA NO LLUEVE CASI. DEBIAMOS HABER TRAI DO PA- RAGUAS, PERO... ¡QUE CA- RAY! A MI ME MOLESTA LLE- VAR UN TOLDO EN UN PALO.



YENDO CON CUIDADITO PEGÁDOS A LA PARED NO NOS MOJAREMOS NADA.



¡AGUA VA! AHORA SE HAN SOLTADO DE UNA VEZ TO- DAS LAS REGADERAS DEL CIELO.



¡SI NO LLEGAMOS A METER- NOS AQUÍ, COMO NOS HUBIE- RAMOS PUESTO!



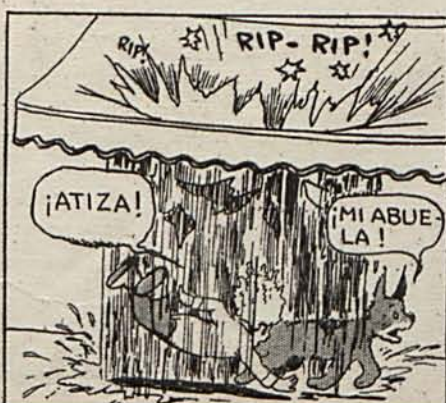
SALPICA, SALPICA, QUE A NOSOTROS NO NOS VA A TOCAR NI UNA GOTA.



¿VES, PELUCHO, CUANTO VALE TE- NER TALENTO? ¡OTROS ESTARIAN A ESTAS HORAS CALADITOS HASTA LOS HUESOS!



PERO A NOSOTROS NO NOS MOJAN NI CHAPA- RRONES, NI AUTOS, NI...



¡ATIZA!

¡MI ABUE- LA!



¿VES, PELUCHO? NO SE PUEDE PRESUMIR DE NADA EN EL MUN- DO, PORQUE..... DONDE ME- NOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

¡QUE MAS QUISIE- RA YO QUE HUBIE- SE SALTADO UNA LIEBRE EN VEZ DE UN TOLDO!

Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1936, by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

LOS JUGUETES DE TOTÓ

Cuantos conocen a mi amiga Chupi (algún día, cuando pasen unos cuantos años y Chupi se convierta en toda una señora, puede que se decidan a llamarla por su nombre, que es Angelina, aunque no lo parezca, ¿verdad?), saben que es una madrecita ejemplar, no solamente para sus muñecas, sino además para sus hermanitos: Poti, Lolo, Peque y Totó, que la siguen en edad, escalonándose entre los doce y los dos años.

El predilecto de Chupi es Totó (alias Pedro, Pedrín o Pedrito), porque es el más pequeño y además porque su estatura es exactamente la misma que la de la señorita Gumersinda, la muñeca favorita de Chupi.

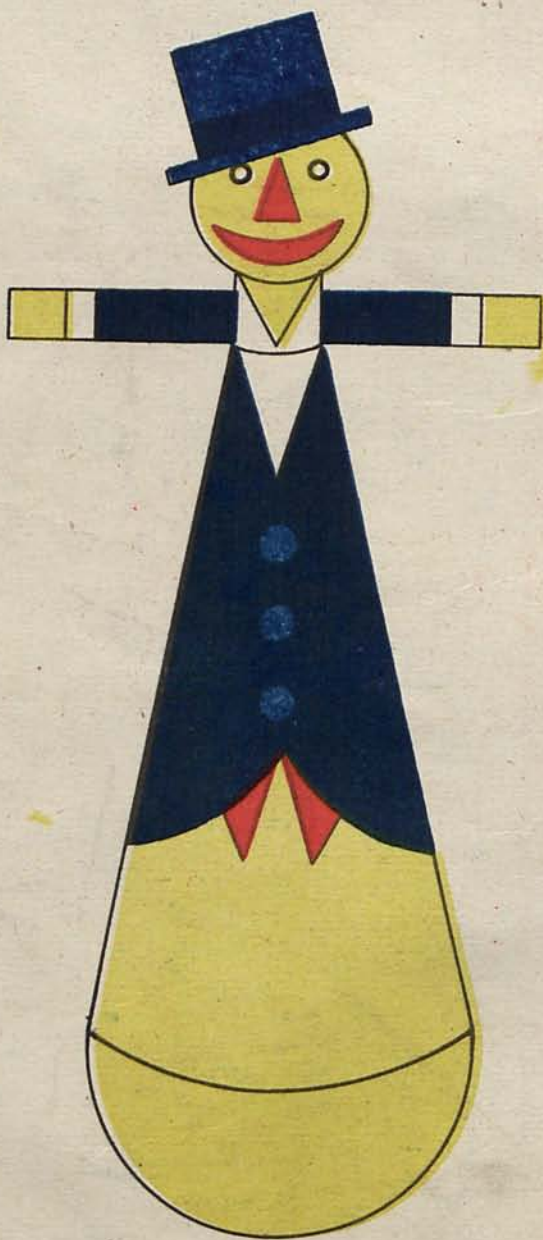
A nadie cedería Chupi el honor de darle la sopa a Totó, de colocarle en el pelo enormes kirikis de cinta, de contarle cuentos, de los que dudo que él entienda una palabra, y, cuando llora, de reñirle y administrarle unos formidables azotes... fingidos, claro está.

El tal Totó sería el más angelical de los querubes si no fuese, según expresión de la propia Chupi, «más malo que la quina».

Entre las manifestaciones de esta maldad infernal está la afición a romper sistemáticamente cuantos juguetes se le regalan, a los cinco minutos de acogerlos con gritos de júbilos ensordecedores.



Fig. A



con sindetición fuerte el cucurcho a uno de los hemisferios de celuloide, no sin colocar previamente en éste una bolita de plomo.

Y ya tenemos un magnífico «tentetieso» dispuesto para que Don Totó y sus congéneres se diviertan en... destruirlo.

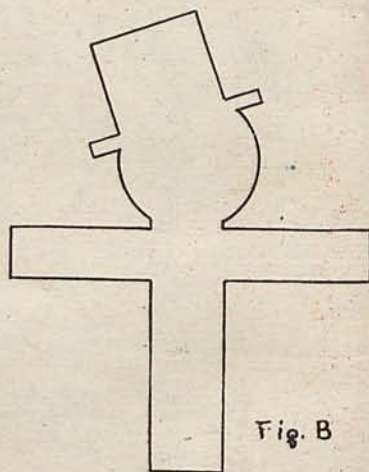


Fig. B

Hoy, precisamente, la buena de Chupi ha cogido de sus ahorros nada menos que una estupenda y nuevecita moneda de cruponiquel de veinticinco céntimos para comprarle a Totó una pelota de celuloide.

Totó, agradecido, ha correspondido al obsequio con cuatro besos, dos abrazos y un «Queo a Pupi», de inestimable valía.

Pero no bien han transcurrido los fatídicos cinco minutos, cuando Chupi lanza un grito de horror: la alegre y tintineante pelotita yace en el suelo, dividida en dos hemisferios vacíos, silenciosos, inútiles.

Pero no, inútiles no, que aquí está Pirula, que todo lo aprovecha, y siguiendo cuyas indicaciones, Chupi va a fabricar al momento un nuevo juguete para su hermanito.

Ved que fácil es: primero se corta y se pega un cucurcho de cartón, en la forma que aparece en la figura A; a este cucurcho irá pegado otra figura (Fig. B) recortada en otro cartón; se pinta luego en todo ello un muñeco grotesco, y se pega